

¿QUÉ SABEMOS DE LA RADICALIZACIÓN YIHADISTA? IDEAS PREESTABLECIDAS, REALIDADES E INTERROGANTES

ARTICLE

Laurent Bonelli*

Los atentados que han azotado Francia y muchos países europeos en los últimos años, así como la salida de varios miles de jóvenes hacia la zona sirio-iraquí han llevado la «radicalización» al centro del debate público¹. También han desencadenado una efervescencia institucional de una magnitud inusual. En poco tiempo han surgido leyes, circulares, planes de acción, financiación específica y módulos de formación que movilizan a la Policía, la Justicia, los servicios sociales, la escuela, las prisiones, la diplomacia, a actores comunitarios y religiosos y también a las administraciones locales. En la actualidad, miles de agentes dedican toda o parte de su actividad a detectar, señalar, contabilizar, vigilar, perseguir o hacerse cargo de individuos cuyos comportamientos, actitudes o actos han sido clasificados como radicales. Un oficial de los servicios de inteligencia, incluso, subrayaba, no sin cierta malicia: «Pronto habrá más gente que viva de la radicalización que radicales».

Esta movilización, así como el interés político y mediático por el asunto, han dado lugar a una inflación de libros y de artículos que resultaría muy difícil contabilizar. Sin embargo, escasean aquellos que se basan en investigaciones reales. Gracias a un convenio establecido con la Protección Judicial de la Juventud (PJJ)² en Francia, hemos podido acceder a los expedientes de 133 menores –96 chicos y 37 chicas– implicados en casos de terrorismo o señalados por «radicalización». Se trata de 68 jóvenes que han sido juzgados o que van a serlo por su partida a Siria o a Irak y por intento de atentado en territorio francés. A estos se añaden otros 65 menores condenados por «apología del terrorismo» o investigados en el marco de casos penales o civiles ordinarios, pero que han adoptado actitudes o han realizado comentarios juzgados como alarmantes por los trabajadores sociales judiciales. Los primeros representan casi la totalidad de aquellos que fueron procesados por terrorismo entre 2012 y 2017. Los segundos constituyen solamente una muestra, pues los expedientes de este tipo son mucho más numerosos.

El preocupante contexto descrito anteriormente invita a observar, antes que nada, los expedientes de aquellos que han intentado unirse al conflicto sirio-iraquí o que han elaborado

* profesor de ciencias políticas en la universidad de Paris Nanterre. Autor, con Fabien Carrié, de *La Fabrique de la radicalité. Une sociologie des jeunes djihadistes français* (Paris, Seuil, 2018) y de «La radicalización yihadista en Francia. Entre la categorización estatal y la diversidad de las prácticas», *Crítica penal y poder* 2020, n°19, pp.78-105

¹ Una versión previa de este texto ha sido publicada en *Le Monde diplomatique* en español de septiembre 2018.

² Órgano que emana del Ministerio de Justicia francés y que se encarga de todas las cuestiones relacionadas con la Justicia de menores y de la concertación entre las instituciones que intervienen a este respecto.

proyectos de atentado. Al contrario de lo que establecen algunas representaciones comunes, no se trata de pequeños delincuentes desescolarizados y de familias en situación precaria. Todos sus progenitores, en su mayoría inmigrantes de la primera generación (procedentes principalmente del Magreb), tienen en común su pertenencia a los segmentos estables de las clases populares (son con más frecuencia obreros cualificados o artesanos especializados) y su empeño en que sus hijos cosechen éxitos escolares con el objetivo de experimentar un ascenso social por procuración.

Esto se manifiesta a través de una presión moral y de una buena voluntad cultural patente³ con respecto a la escuela, pero también a través de mecanismos extremadamente concretos: habitación individual, biblioteca, liberación de las tareas domésticas... También pasa por un estrecho control de las amistades, con el objetivo de distanciarlos del barrio y de sus peligros en materia de delincuencia o de droga. Finalmente, esta inversión también se realiza a través de la eliminación de los orígenes, ya sean culturales, religiosos o vinculados a la historia familiar. Tal y como resume el padre de Foued⁴: «La familia es todo mi proyecto. Mi capital son mis hijos. He hecho lo que hizo mi padre. Él decía: “Gracias a la escuela vais a convertirlos en hombres. El tema económico es mi problema; el vuestro es la escuela”. Por eso creo que hay que proteger el entorno. Soy delegado de padres de alumnos, así sé lo que pasa en la escuela. También soy representante de inquilinos, así sé lo que pasa en el barrio; e, igualmente, miembro de la asociación que gestiona el culto».

Esta protección –algunos informes hablan de «burbuja parental»– funciona bastante bien en un primer momento: la mayoría de estos jóvenes son buenos alumnos desde la escuela primaria hasta el *collège*⁵. Pero la entrada en el instituto⁶ cambia la situación. Muchos de ellos acceden a los itinerarios generales, en los que descubren un universo social bastante diferente al anterior. En efecto, en los barrios populares las normas, las redes de relaciones sociales y las maneras de ser transitan ampliamente entre el interior y el exterior de los centros educativos, produciendo un microcosmo protector. Por el contrario, el instituto, generalmente en el centro de la ciudad, mezcla los grupos sociales, lo que provoca que los alumnos de los entornos populares dejen de destacar. Pierden la protección del grupo y se enfrentan a una intensificación de la competencia escolar para la cual se encuentran menos preparados que sus compañeros⁷.

Esto se traduce en un descenso de sus resultados (se convierten en alumnos «medios», incluso «mediocres») y en víctimas de múltiples pequeñas burlas y humillaciones, tanto por parte de los docentes (en forma de comentarios orales, de apreciaciones escritas) como por la de otros alumnos, quienes con frecuencia se unen contra estos recién llegados. Así, los compañeros de

³ La buena voluntad cultural es un concepto formulado por Pierre Bourdieu para describir la deferencia hacia la cultura legítima y los esfuerzos por apropiarse de ella, especialmente a través de la escuela. Véase Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988.

⁴ Los nombres han sido modificados para garantizar el anonimato de las personas concernidas.

⁵ Centro educativo donde se cursa el primer ciclo de la educación secundaria.

⁶ En Francia, en el instituto (*Lycée*) se cursa el segundo ciclo de la educación secundaria.

⁷ Stéphane Beaud, *80% au bac... et après? Les enfants de la démocratisation scolaire*, La Découverte, Paris, 2002.

Hamza, el único árabe de su clase, lo llaman entre risas «el kamikaze» o «el terrorista». De esta manera, abundan los expedientes con estas vejaciones, que en realidad son juicios sociales, duplicados a veces con juicios raciales. El registro de la broma permite formas de descalificación difíciles de verbalizar de otra manera, salvo que se muestre racismo social, o racismo a secas. Estas vejaciones cotidianas generan una exclusión del grupo escolar predominante, lo que Amin resume con estas palabras: «No encontraba mi lugar». Cercanos a los jóvenes de entornos populares matriculados en los itinerarios de elite estudiados por el sociólogo Paul Pasquali, a los aquí observados parece haberles faltado esas pequeñas cosas, aparentemente anodinas, que les permiten «superar las fronteras sociales»: el apoyo y el impulso de un profesor, notas un poco más elevadas que les permitan distinguirse del resto de la clase, o la posibilidad de continuar apoyándose mutuamente y agrupándose con alumnos procedentes de los mismos entornos que ellos⁸.

Debido a las sanciones del universo escolar que sufren en el entorno escolar, no pueden asumir la misión de ascenso social que sus padres les han confiado, ni pueden rechazarla (e integrarse en el mundo de las bandas, de la delincuencia y del consumo de estupefacientes, por ejemplo), a causa de las disposiciones que se han ido forjando a lo largo de su infancia y que les permitirían llevar a cabo ese proyecto (ascetismo, apetencia por el estudio). Incapaces de desempeñar el papel que se esperaba de ellos y movidos por esta experiencia de cuestionamiento de la escuela y la familia simultáneamente, van a encontrar en el yihadismo un vector para encauzar la crítica. Esta ideología es indisolublemente religiosa y política. Ofrece una relectura de los textos sagrados a los demás actores del ámbito religioso musulmán, pero también pretende actuar temporalmente en las sociedades por las que se despliega.

La construcción de un Estado «islámico», así como los atentados perpetrados en una serie de países, no ahondan sus raíces solamente en una búsqueda espiritual con el objetivo de preparar el reino de Dios: también traduce un verdadero proyecto político que sitúa en su punto de mira simbólica y físicamente a los gobiernos, las instituciones y a una serie de grupos (los «infiel», los «judíos», los «homosexuales», los «malos musulmanes»). En los expedientes estudiados, esta ideología aparece como una cómoda solución para condenar en un mismo movimiento el modelo parental, que estaría «contaminado» por los valores de la sociedad de acogida en su inversión escolar, en su «materialismo», en su «rechazo de los orígenes» (ya sean culturales o religiosos), y el modelo republicano encarnado por la escuela en Francia. Desde ese momento, el fracaso deja de ser solamente uno. Se transmuta en elección deliberada de la fidelidad a una comunidad ideal, que encarnaría una «pureza» original, tanto desde el punto de vista de sus valores como de sus prácticas.

Este proceso es gradual y colectivo. Apartados de las redes de relaciones sociales callejeras por el control familiar y excluidos de las que se desarrollan ordinariamente en el instituto, estos jóvenes buscan en primer lugar a «gente como ellos» con la que entablar relaciones. Esta búsqueda toma diversos caminos —y no necesariamente exclusivos—, desde la creación de un pequeño grupo en la escuela o en el barrio hasta la exploración en las redes sociales, pasando

por la exploración de las relaciones familiares (primos, primas, tíos, tías, etc.) o por la frecuentación de lugares de culto y de asociaciones culturales o deportivas. Así, Yamin y Aissa simpatizaban en clase de español y compartían vídeos sobre Siria recopilados en YouTube («con civiles a quienes torturaban»), antes de decidir, unos meses más tarde, viajar a este país juntos. Mehmet recurrió a dos amigos que conserva desde la infancia. Cuando sus padres les dejan salir, hablan de religión y, más tarde, de Siria. Nisrine, por su parte, evoca un «repliegue social» y una renovación de sus relaciones en Internet, seleccionadas en función de su interés por la religión.

La puesta en común de experiencias y la confluencia de afinidades limitan el desaliento, favorecen el reagrupamiento y facilitan la concienciación. «Dialogué con gente que tenía las mismas dificultades que yo», resume Fabienne, una joven procesada por intento de atentado y de partida a Siria.

Pese a todo, el hecho de que dos jóvenes que frecuentan la misma escuela o que se han conocido a través de Facebook se den cuenta de que comparten un sentimiento de desclasamiento no es suficiente, en absoluto, para proporcionarles un patrón de interpretación coherente de su propia situación. Para ello hace falta que entren en relación con terceros más aguerridos ideológicamente, quienes desempeñan un papel clave para politizar sus desajustes escolares y familiares vinculándolos a otros acontecimientos (de la historia a las relaciones internacionales) e instaurando cadenas de causalidades que los explican.

Los nombres de algunos de esos jóvenes, con los que nos encontramos en la mayoría de los expedientes, son conocidos, como Omar Omsen o Rachid Kassim, a menudo presentados como los principales reclutadores francófonos. Ofrecen una inteligibilidad a las experiencias vividas (escolar, familiar, social, en materia de racismo, de islamofobia) por los jóvenes franceses a los que se dirigen, a partir de explicaciones extraídas de las diversas corrientes de la nebulosa yihadista. «Le podíamos plantear cualquier pregunta –resume Foued con respecto a Omsen–, siempre tenía una respuesta para todo». También les proporcionarán acceso a discursos, textos, películas y folletos que les permiten ilustrar sus afirmaciones, incluso consejos prácticos, desde técnicas de seguridad hasta itinerarios, contactos e incluso financiación.

Progresivamente, la densificación de las relaciones físicas y digitales va proporcionando coherencia a las pequeñas comunidades que se están formando. Los más moderados, los menos convencidos, los menos entusiastas se van desvinculando poco a poco. Por el contrario, los otros afianzan sus convicciones y llegan a compartir una visión del mundo cada vez más cercana. «Dejé de hablar con gente que no pensaba como yo», explica Nisrine, convertida posteriormente en la administradora del canal Dine Al-Haqq en la aplicación Telegram. En sucesivas etapas, el grupo se va haciendo más restringido y reúne a individuos cada vez más parecidos en sus comportamientos y en sus formas de pensar. La ruptura que se instaura refuerza los vínculos afectivos en el seno del grupo. Los iguales se convierten en «otros yoes», tal y como cuenta Morgane, con respecto a los cuales se experimenta lealtad y a veces amistad. La fuerza de estos pequeños grupos con afinidades compartidas es decisiva para comprender el paso a la acción. El sustrato intelectual proporcionado por individuos como Kassim o como

Omsen, o las habilidades que ponen a su disposición, no bastarían para explicar la implicación. No son los titiriteros omnipotentes que a algunos analistas les gusta describir. La distancia física y el carácter intermitente de las relaciones que mantienen con los jóvenes estudiados no les permiten obligarlos a actuar ni controlar el uso que estos últimos hacen de la ideología que profesan. Ofrecen razones para actuar y modos de acción, pero se les escapa la forma en la que los jóvenes se apropian de sus enseñanzas.

De esta manera, la *hijra* –el exilio en tierra del islam– en Siria ejerce una atracción considerable sobre la mayoría de ellos. La construcción concreta, en un territorio determinado, de una organización social y política conforme a preceptos y normas definidos por sus promotores como «verdaderamente islámicos» otorga a la situación la condición de auténtica utopía, en cuyo acaecimiento quieren participar⁹. «¡Allí es donde está sucediendo!», explica, por ejemplo, Nazim con efusión.

El horizonte sirio se presenta, así, como rico en promesas inaccesibles en Francia para estos menores. La experiencia se encuentra ataviada con todas las virtudes y dotada de capacidad para solucionar en un mismo movimiento todos sus problemas: la autonomía con respecto a los progenitores (de los cuales quieren distanciarse), las cuestiones materiales relacionadas con la vivienda y el salario (siempre sensibles en entornos populares), el sentido de la vida (pues la entrega a la comunidad y a la causa les proporciona otra perspectiva), las relaciones entre grupos sociales (que se convierten milagrosamente en relaciones de confraternidad en la religión) e incluso la sexualidad (ahora despojada de las relaciones competitivas). De la misma manera, y teniendo en cuenta sus disposiciones escolares, estos jóvenes se muestran bastante entusiastas ante la idea de convertirse, a su vez, en pequeños intelectuales activistas, a imagen y semejanza de Saïd, quien se define como un «muyahidín del teclado» y desea contribuir a difundir la causa en la que cree.

Por el contrario, parecen menos dispuestos a cometer atentados. Son numerosos los que se alegran por los ataques perpetrados en territorio francés y los que hablan de llevarlos a cabo ellos mismos. Sin embargo, examinar sus expedientes judiciales permite constatar –con algunas excepciones– que sus proyectos presentan un elevado nivel de falta de preparación, incluso de irrealidad. A diferencia de algunos de sus homólogos, precozmente involucrados en la delincuencia, su socialización apenas les ha preparado para manejar armas, ni siquiera para saber dónde procurárselas. Así, aunque Linn explica que pensaba comprar algunos fusiles Kaláshnikov y cinturones con explosivos para «tomar como objetivo los lugares con la mayor afluencia de gente posible», parece bastante incapaz de saber dónde buscarlos, salvo en Google...

Esto no quiere decir que no sean capaces de pasar a la acción. En efecto, la perpetración de atentados, así como la partida a Siria se deben mucho a los efectos del entrenamiento en el interior de los pequeños grupos con afinidades compartidas, en los cuales hay que «mantener

⁹ Véase Laurent Bonelli, «De los brigadistas a los yihadistas, combatir en el extranjero», *Le Monde diplomatique en español*, agosto de 2015.

su posición» y demostrar su lealtad permanentemente. También son la consecuencia no deseada de respuestas institucionales que provocan dinámicas de escalada. Así, la creciente oposición del personal docente y administrativo del collège de Matthis frente a su actitud, considerada como reivindicadora y propia de un prosélito, al igual que el registro de su domicilio y las posteriores restricciones domiciliarias¹⁰, contribuyeron a que el adolescente ideara un proyecto de ataque que podría haber resultado mortal. De la misma manera, Yamin partió a Siria después de que un policía le anunciara que le podían caer diez años de prisión por un pequeño altercado escolar.

Un segundo resultado relevante de esta investigación probablemente sorprenda a los lectores habituados a la glosa de los expertos más alarmistas. A excepción de los casos aquí estudiados, la parte esencial de los comportamientos clasificados en el registro de «radicalización» por los profesionales de la Justicia apenas tiene otro vínculo con el yihadismo diferente al discursivo. La gran mayoría de los menores señalados no promueven ningún proyecto ideológico ni pretenden hacer que se instaure un orden social, político y simbólico alternativo a aquel en el que viven. En una actualidad marcada por atentados mortales o por la preocupación pública que suscitan, adoptan posturas y discursos tomados de los repertorios yihadistas en las interacciones con sus familias, sus iguales y las organizaciones de supervisión de la juventud, de la Policía a la escuela, pasando por los servicios sociales y judiciales. Este uso les permite principalmente desestabilizar a los adultos a los que se enfrentan.

El caso de Bryan, menor condenado a una medida penal por hechos delictivos, ilustra bien esta dinámica. En este marco participa en el seno de la unidad educativa de acogida de día (UEAJ por sus siglas en francés) en un taller de creación de vídeos sobre el tema del respeto entre chicos y chicas. Cuando entra en el teatro donde se desarrolla el taller, suelta: «Esto es como el Bataclan». A continuación, en la reunión de preparación con el equipo de rodaje, adopta un discurso «inadaptado e irrespetuoso» contra las mujeres presentes, antes de dejar caer: «Hay que quemar el teatro». Como nos cuenta Arnaud, responsable de la UEAJ, «finalmente, viene a pesar de todo. No le pega fuego al teatro, pero después, la toma con una de las realizadoras, que participa en el equipo de profesionales para realizar cortometrajes. Le dijo claramente: "A ti te voy a degollar". Y, más tarde, añadió: "Que no, que estoy bromeando, que no es verdad". Pero ella no se encuentra segura en absoluto con este joven. Pese a todo, acaba el proyecto con nosotros. Se comporta de manera un poco extraña, es un poco esquivo, pero a la vez, provocador. Está intentando encontrarse a sí mismo. Nos dice también que es un terrorista, que está loco...».

En primer lugar, esta clasificación le permite a Bryan ir en contra de las expectativas explícitas de la institución en términos de comportamiento y de discurso, por ejemplo, desvalorizando y amenazando a las mujeres en un taller sobre igualdad de género. A continuación, hace que el menor «se crezca» cuando deja que aflore la duda sobre su peligrosidad potencial («te voy a degollar», «soy un terrorista»), aunque no se base en ningún elemento concreto y se exprese

¹⁰ Referencia a la *assignation à résidence*. Se trata de una medida mediante la cual se le impone al individuo que resida en un lugar determinado y que se presente en los servicios de la Gendarmería o de la Policía cada cierto tiempo.

de manera demasiado ostentosa como para parecer completamente creíble. Pero el resultado obtenido le sigue favoreciendo: ha trastocado el taller por completo y ha acaparado toda la atención.

Los comentarios ofensivos que pudieron expresar algunos alumnos tras los atentados de enero y de noviembre de 2015 siguen la misma lógica. En un contexto marcado por conminaciones políticas e institucionales a solidarizarse con las víctimas, realizar comentarios desmesurados constituye una opción fácil para recusar una institución que les rechaza. Tal y como resume Cynthia, educadora, «para un chaval, ostentar la identidad de Daesh también puede formar parte, en un momento dado, de una construcción identitaria, puede ser una forma de provocación. Porque en la actualidad es lo más sensible que hay. Un joven que vino a una entrevista me dijo: “Ni siquiera me conoce. Soy peor que Daesh”. Lógicamente, pues esto es lo que provoca miedo».

No se debe subestimar el carácter estratégico de estas actitudes, cuyo fundamento es hacer que se tambalee la autoridad de los adultos en la escuela, en el trabajo educativo o en la familia. Representan la gran mayoría de las situaciones señaladas ante la PJJ, pero probablemente también de aquellas con las que se encuentran en la línea de teléfono gratuita «Stop djihadisme» («Acabar con el yihadismo»), en las células de prevención de la radicalización y de seguimiento de las familias (CPRAF) de las prefecturas o en instancias propias de los servicios sociales y de la educación nacional. No solo no son un trampolín hacia la acción violenta, sino que, por el contrario, encuentran su razón de ser en una voluntad de provocar una reacción por parte de aquellos a los que se dirigen. En otras palabras, lo esencial de los comportamientos clasificados actualmente en Francia con la etiqueta de «radicalización» no constituyen «señales débiles» de yihadismo, sino, más bien, manifestaciones impactantes de desconfianza con respecto a las familias o a las instituciones.

Se trate de un grito de rebelión o de una implicación ideológica a consecuencia de una imposibilidad de asumir un papel esperado, se perciben los beneficios de revisar –un poco como Émile Durkheim en su estudio sobre los determinantes del suicidio¹¹– las lógicas sociales que constituyen la base de algunos comportamientos. En primer lugar, esto permite disipar la ilusión de que existiría una radicalidad, aunque sea yihadista, marcada solamente por diferencias de grado que traducen, a veces hasta un extremo caricaturesco, las «escalas de radicalización» y su código de colores del verde al rojo. Aceptar que la provocación y la implicación no provienen de las mismas dinámicas es proporcionarse los medios para calibrar las respuestas públicas y evitar reacciones desmesuradas con respecto a actitudes o comentarios ciertamente chocantes, aun cuando es precisamente eso lo que se busca.

Estudiar las lógicas en marcha permite, a continuación, apartarse de la búsqueda ilusoria de perfiles de «radicales». No por tener propiedades sociales o experiencias similares las personas harán lo mismo. El desajuste entre las aspiraciones de los jóvenes estudiados y los veredictos de la escuela ha aparecido como un punto central de la investigación. Pero este mecanismo

¹¹ Émile Durkheim, *El suicidio*, Losada, Madrid, 2004.

sigue siendo banal: psiquiatras y psicólogos ven en ello la causa de numerosos casos de ansiedad, de abatimiento, de desánimo, de autolesiones, de tentativas de suicidio o de anorexia que se deben tratar. La implicación yihadista puede constituir otro tipo de reacción, pero continúa siendo excepcional. Así, en 2017 en Francia no atañe más que a sesenta y ocho menores, es decir, a un estudiante de secundaria de cada cien mil.

Además, los atentados recientes, igual que los procedimientos judiciales por los retornados de Siria o de Irak, muestran que también pueden estar implicados jóvenes con trayectorias familiares más caóticas y con un amplio historial de antecedentes penales¹². Sin embargo, estos son algo mayores que sus homólogos aquí estudiados. Esta diferencia puede explicarse por el hecho de que estos últimos perciben la implicación yihadista –y la experiencia siria en particular– como la única solución a corto plazo ante el derrumbamiento de un proyecto de vida aglutinador en el que se habían involucrado en cuerpo y alma. Por el contrario, aquellos que pertenecen al mundo de las bandas y de la delincuencia parecen necesitar algo más de tiempo para agotar las opciones que tienen a su disposición. El ejemplo de Amedy Coulibaly, uno de los autores de los atentados de enero de 2015, es significativo. Tal y como explica Fabien Truong, seguramente sea la combinación de un desgaste en la calle –donde deben organizar un atraco tras otro para conservar su posición y su prestigio– y de la confrontación repetida con las fuerzas del orden y con la Justicia lo que explica cómo su trayectoria pudo desviarse hacia la radicalidad violenta¹³. De la misma manera, la voluntad de «borrar el pasado» –mediante un renacimiento que acaba consagrando hasta el cambio de nombre–, de protegerse de las investigaciones policiales y penales, la emulación entre compañeros o la sed de encontrar un «sentido» más profundo a la existencia son factores que explican que numerosos jóvenes con trayectorias delictivas partan a Siria o Irak.

Al contrario de los espejismos de una creación de perfiles que permitiría predecir los pasos a la acción, las ciencias sociales permiten, al menos, comprenderlos. Y esta comprensión no constituye una «excusa sociológica» ni un insulto a las víctimas, como afirman algunos responsables políticos con demasiada rapidez. Igual que lo aprende dolorosamente el hermano que sobrevive en la historia de los tres pescadores presos de una tempestad contada por Edgar Allan Poe, para esperar salir indemne del maelström, primero hay que aceptar estudiar con calma sus manifestaciones y sus lógicas de funcionamiento¹⁴. De esta manera se puede ilustrar la actuación institucional y asegurarse de que no va a agravar los fenómenos que pretende combatir, fabricando inútilmente, por ejemplo, categorías de sospechosos.

¹² Véase Laurent Bonelli, «Los caminos de la radicalización», *Le Monde diplomatique en español*, febrero de 2015.

¹³ Fabien Truong, *Loyautés radicales. L'islam et les «mauvais garçons» de la nation*, La Découverte, Paris, 2017.

¹⁴ Edgar Allan Poe, «Un descenso por el maelström», incluido en el libro *Cuentos clásicos del Norte* (primera serie), 1919.